

TIM BRUNO

# ROSSIDEA

UN NUEVO REY



DESTINO

TIM BRUNO

# OSSIDEA

LIBRO 4



UN NUEVO REY

Proyecto artístico de TIM BRUNO  
Sobrecubierta, ilustraciones y maquetación  
de las páginas centrales en color de CLAUDIO PRATI



[www.ossidea.com](http://www.ossidea.com)

Título original: *Ossidea 4. Un nuovo re*  
© del texto y las ilustraciones: Tim Bruno - Bombus S.r.l., 2014  
© de la traducción: Miguel García

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015  
[infoinfantilyjuvenil@planeta.es](mailto:infoinfantilyjuvenil@planeta.es)  
[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Editorial Planeta S. A., 2015  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Fotocomposición: Tiffitext, S. L.  
Primera edición: octubre de 2015  
ISBN: 978-84-08-14648-3  
Depósito legal: B. 20.814-2015  
Impreso por Cayfosa  
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro  
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación  
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,  
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso  
previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser consti-  
tutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o  
escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web  
[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## CAPÍTULO

### 1



# UN FAROL EN LA OSCURIDAD

**D**avid abrió los ojos y vio oscilar la luz en la oscuridad.

—¿No puedes dormir, joven *hóbro*m?

El ulo estaba sentado en la arena, sostenía el farol por encima de su cabeza y lo miraba con sus ojos enigmáticos, iluminados por la pequeña llama que relucía en el extremo del bastón. El chico negó con la cabeza y luego se sentó al lado de su compañero.

Lilo volvió a mirar la oscuridad como un pescador observa la superficie del mar, en espera de que el pez muerda el anzuelo que cuelga del sedal. Mac'roc y Ohedín dormían tumbados en la arena fresca; sus cuerpos apenas eran visibles en el límite de la claridad que despedía el farol del electro.

Hacia dos días que el grupo había cruzado los confines orientales del Kalabah y ahora acampaba en algún lugar en medio del desierto, entre las grandes dunas.

De pronto, el ulo empezó a farfullar palabras incomprensibles, como si hablara solo.



Al poco rato, aquel murmullo adquirió un ritmo regular y al final se convirtió en un canto susurrado.

*Bintul lutlol'o, sutl'olut  
dolul'dlilut ol'lot lo'o.  
Lit'lilit il di dilit.  
Odol l'ot, lot el'del delit...*

—¿Qué es eso? —preguntó el chico cuando Lilo terminó.

—Un trabalenguas ulo, todos los ulos lo conocen.

—¿Qué significa?

*Cava siempre la hormiga, bajo tierra está su vida,  
y si fuera es de día o de noche, ni lo sabe ni le importa.*

*Pasa un mes o pasa un año,  
sin descanso y sin angustias;  
cava y cava la hormiga y no siente el cansancio.*

*Eh, hormiguita, ¿me oyes?  
Encerrada en tu guarida, ¿tu vida es larga o corta?  
No me oye, ¿habrá muerto ya?*

David sonrió levemente y luego miró el cielo oscuro sobre él.

—De día o de noche... —dijo en un susurro—. ¿Ya hemos muerto, Lilo?

El ulo meneó la cabeza.

—No, joven *hóbro*m. Nuestros corazones laten con fuerza.



El chico observó los ojos del electro detrás de las pequeñas lentes.

—¿De dónde procedes tú?

—Nací en un pueblecito de Ob'l, la tierra de los ulos.

—¿Ob'l? ¿Dónde se encuentra?

—Muy lejos de aquí, a más de mil millas al noroeste.

—¿Cómo te convertiste en...? —Al chico le costaba encontrar la palabra.

—¿En electro?

—Sí, en electro.

—Sucedió hace muchos años, cuando no era más que un joven ulo. Una tarde, anochecía ya, oímos llamar a la puerta. Abrí y vi en el umbral a una criatura misteriosa. Era alta y oscura como el tronco de un roble, sus ojos brillaban con una luz hipnótica y su voz era profunda y cavernosa, como la de un troll.

David abrió desmesuradamente los ojos para luego, lentamente, cambiar de expresión y sonreír divertido.

—¡Bibo!

—Sí, él precisamente. Aquel hyburno vagabundo se había aventurado hasta el reino de Ob'l para aprender los secretos de las hierbas officinales que los ulos poseían desde los tiempos más remotos. Permaneció allí durante todo un ciclo lunar; así supe yo de la existencia de Bábalon y del fuego que arde en la torre de Mithre. Nunca había conocido a un ser tan... libre —dijo Lilo, rememorando los lejanos días en que había conocido a Bibo Ben-Zac, el último de los hyburnos—. Había viajado a todos los lugares



conocidos de la Tierra de Arcon y había conocido a los mil pueblos que la habitan.

David lo escuchaba atentamente.

—Luego, una noche, estando yo en la cama, oí unos ruidos extraños que venían del piso inferior. Temiendo que un tejón hubiera entrado en la cocina, bajé despacio la escalera y... lo sorprendí. Estaba ya en la puerta con su hatillo al hombro. «¿Adónde vas?», le pregunté, asombrado. «Vaya... vosotros, los ulos, tenéis el sueño demasiado ligero», me contestó él. Y entonces lo entendí. «¡Llévame contigo!» «¡Ni siquiera sabes adónde voy!» «Me da igual, quiero ver el mundo que hay al otro lado de las montañas.» Bibo hizo de todo para convencerme de que me quedara, pero, cuando pasó los límites de Ob'l, yo iba detrás de él. Él fue mi *mithron*, mi maestro...

—¿Nunca has vuelto a Ob'l?

—No, nunca.

—¿Y no lo echas de menos?

El ulo se puso serio.

—Volveré cuando la luz ilumine otra vez la Tierra de Arcon, David, no soportaría ver Duz'lo'tl'ó asfixiado por la capa de nubes —añadió, alzando los ojos al cielo.

—¿Duz'lo...?

—Duz'lo'tl'ó, el pueblo en que nací.

David sonrió.

—Qué nombre más gracioso.

—La lengua de los ulos no es fácil de pronunciar. Tal



vez por eso los arcónidas lo llaman simplemente «Duz». Un día regresaré.

El chico se quedó pensativo.

—¿Cómo atravesaremos la muralla de la Ciudad de Piedra? Mac'roc dice que Roc'Oorc es inexpugnable.

—Tendremos que idear un buen plan —respondió Lilo, y David vio brillar una extraña luz en sus pequeños ojos.

En aquel instante, la oscuridad se llenó de ruidos; parecían pasos lentísimos que al cabo de poco los rodearon por todas partes.

Mientras David trataba de ver más allá de la claridad del farol, un largo gruñido llegó repentinamente desde las alturas. Luego se oyó el sonido de un chisquero y la luz de una antorcha brilló y crepitó encima de sus cabezas.

—Ya han llegado —dijo Lilo, sosteniendo el farol como una señal.



## CAPÍTULO

### 2



## NUGRO

**L**os cinéreos, a lomos de sus belufos, habían acudido a la cita y habían localizado el campamento gracias al farol del ulo.

El salteador que sostenía la antorcha ordenó a sus compañeros que hicieran sentarse a los animales y él mismo desmontó.

David despertó a Mac'roc, mientras que Ohedín estaba ya en pie y escrutaba la oscuridad con sus agudos ojos de elfo.

—Bien hallados, viajeros —dijo el cinéreo, acercándose.

—Bienvenidos, Zapí —lo saludó Lilo—. Ya conoces a David Dream, el portador de la luz, y a Ohedín, guerrero de Arborea.

El salteador asintió.

—Nunca habría creído que volvería a veros vivos —dijo luego con una mueca oculta por el pañuelo que le tapaba el rostro.

—Y éste es Mac'roc de Roc'Oorc, el príncipe de los gigantes.



Zapí levantó la antorcha para distinguir su rostro; al contemplar al gigante, no pudo contener una exclamación en su lengua nativa.

—*¡Igr'en rag'z haran gruhl!* ¡Es más grande que un gruhl! —les dijo a sus compañeros, invisibles en la oscuridad. Luego añadió en la lengua antigua—: Entonces ¡es cierto! El príncipe Mac'roc ha regresado.

Luego amagó una inclinación protocolaria.

—¿Dónde está Naabú? —le preguntó David.

—Nos reuniremos con el *rákaz'kan* en los confines septentrionales del desierto, al noroeste de Minerhia.

—¿Hanc'roc no controla esa parte del desierto?

—Los soldados de Roc'Oorc han conquistado la ciudad subterránea —respondió Zapí en tono grave—, pero el desierto... el desierto es todavía de los cinéreos.

\* \* \*

—¿Y tengo que subirme a uno de esos? —preguntó Mac'roc, observando a los belufos.

La luz del día iluminaba ya el desierto a través de la capa de nubes.

—Por supuesto que no —respondió Zapí—, le partirías la espalda a las dos leguas.

El gigante pareció aliviado.

—Tu montarás a Nugro —añadió el cinéreo, que señaló una sombra apenas visible en el margen del campamento.

—¿A quién?

—¡Traedlo aquí! —ordenó el salteador.



En la cima de una duna apareció lentamente una criatura colosal, parecida a un gran belufo por sus patas larguísimas, pero mucho más robusta, con pelaje espeso y grandes cuernos curvos. Cuando vio al príncipe de Roc'Oorc, la bestia resopló nerviosa dilatando las narices; luego dio un tirón con el cuello y alzó del suelo al saltador que la sujetaba por el ronzal.

—Los yambús no son tan tranquilos y fiables como los belufos —comentó Zapí—, ¡pero son mucho más fuertes!

—¡Por el estiércol de un uro! —murmuró Mac'roc con los ojos como platos.

—¡No me digas que nunca has cabalgado en yambú! —lo azuzó David.

El gigante le lanzó una mirada furiosa y aterrorizada al mismo tiempo.

—¡*Neer'un, Nugro! ¡Neer'un!* —gritó el cinéreo, que, con dificultad, consiguió que el yambú se sentara—. ¡Ánimo, príncipe! ¡Monta!

Cuando Mac'roc se acercó, el animal soltó un largo gruñido y a Zapí le costó mantenerlo quieto.

—¡Por los cuernos de Uroc! —exclamó Mac'roc, mirando a Nugro a los ojos—. ¿Estás seguro de que...?

—¡Adelante! —lo apremió Zapí, haciéndole un gesto con la mano—. ¡No podré sujetarlo mucho más!

—¡¿Y eso qué significa?!

Los saltadores se rieron.

—¡Venga, Mac'roc! ¡Así lo pones aún más nervioso!



El gigante dejó escapar un largo suspiro y luego, como un condenado subiendo al patíbulo, montó en la silla.

En cuanto sintió su peso en el lomo, el yambú bramó y, sin esperar ninguna orden, se puso en pie, sacudiendo al príncipe de Roc'Oorc a un lado y a otro.

Mac'roc profirió un grito prolongado mientras Nugro daba zancadas furioso por el dorso de las dunas.

—¡Por los cuernos de todos los uros, parad a esta bestia!

—¡Tranquilo, gigante! ¡Ya se calmará! —le gritó Zapí.

—¡Hazle saber quién manda! —añadió Ohedín.

Instantes después, Nugro pareció calmarse de verdad y, sin dejar de resoplar, se detuvo.

—¿Has visto?! —exclamó el cinéreo.

Mac'roc miraba el cuello del yambú con los ojos llenos de terror, jadeando penosamente.

—Rápido, ¡vayámonos antes de que se lo piense mejor!

—dijo Zapí, que montó en su silla de un brinco.

El salteador puso en marcha la caravana y los belufos comenzaron la travesía alargando las patas en las dunas.

